

**David S. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*, trad. de Mirta Jajam de Waitzman, Barcelona, Javier Vergara Editor, 1998, 815 p.**

Armando Román Zozaya

¿Por qué existen países ricos y países pobres? Se han dado muchas respuestas: el papel del Estado, la agricultura, la política, los factores externos, la cultura, el mercado y hasta la suerte, son los elementos considerados, por diferentes escuelas, como determinantes del desarrollo económico. David S. Landes responde a esta pregunta desde una perspectiva histórico-cultural. Su tesis: *las naciones crecen y se desarrollan cuando así lo quieren*. El motor del crecimiento económico lo constituyen la ambición y la curiosidad (que se reflejan en la invención, la búsqueda de conocimiento y la acumulación de *know-how*), el deseo, las ganas, el empuje y el trabajo arduo.

¿Por qué en algunas naciones encontramos esas características y en otras no? De acuerdo con Landes, la diferencia está en la cultura, y ésta encuentra sus raíces en la geografía, en la organización familiar, la religión y el sistema político. Estos factores de-

terminarán el sistema de producción de cada sociedad.

El argumento de Landes resulta, a simple vista, débil: al decir que todo radica en la cultura, pareciera que Landes no nos dice nada. Por ejemplo, ¿para qué preocuparnos por diseñar estrategias para que América Latina salga del subdesarrollo si, mientras la cultura de la región no se asemeje a las culturas que han demostrado ser triunfadoras, dichos esfuerzos no servirán de nada? Tal vez es por esta debilidad en su argumento que Landes se esmeró en realizar una investigación que incluye todo tipo de pruebas de que tiene razón, pruebas que dificultan rebatir su tesis principal. Esto hace del libro una delicia histórica llena de anécdotas de exploradores europeos que recorrieron el mundo; de fechas, datos, nombres, descripciones de modos de vida, etcétera.

Sin embargo, a pesar del gran trabajo histórico de Landes, creemos que

sus argumentos son menos sólidos que los de autores como Gunnar Myrdal, quien creía que la acción estatal era indispensable para que el mundo subdesarrollado saliera adelante; como Friedrich List, quien sostenía que la protección comercial era esencial para construir una economía con potencial a largo plazo; como Adam Smith, quien argumentaba que para que una economía creciera debía hacerlo por etapas (primero el sector primario, después el secundario y, finalmente, el sector comercio exterior). La razón es simple: varias naciones con diferencias culturales han alcanzado el éxito económico aplicando las ideas de los autores mencionados, mientras que todavía no se sabe de ninguna que se haya desarrollado simplemente al copiar la cultura de otra.

Volvamos un momento a *La riqueza y la pobreza de las naciones* y veamos los casos de Europa (Inglaterra) y China. Landes argumenta que en Europa el legado romano fue fundamental: *la propiedad privada y la división entre lo secular y lo religioso*. Esto fue lo que preparó a los europeos para que entre los siglos X y XV experimentaran una revolución económica cuya característica más importante fue *la invención del invento* (la capacidad de los europeos para crear e innovar, así como para aprender, imitar y mejorar, como lo hicieron con la pólvora y la imprenta chinas). Y dentro de Europa, Inglaterra: la cuna de la Revolución Industrial. ¿Por qué Inglaterra? Porque era una nación, y los miembros de una nación, nos dice Landes, comparten un sentimiento de superioridad; eso querían los ingleses:

ser superiores. Además, en Inglaterra existían libertades económicas y políticas que incentivaron el ingenio, la imaginación y la iniciativa comercial.

China pudo haber crecido a los niveles de Europa. ¿Qué la detuvo? Landes sostiene que la ausencia de derechos de propiedad y de un mercado libre inhibió la creatividad y el desarrollo de mejoras para la producción. Además, China creía estar en el centro del mundo y consideraba innecesario el aprender del exterior. Aunado a ello, reprimió los cambios que provenían desde su mismo seno, pues implicaban una amenaza a las clases dominantes.

A pesar de presentarnos un argumento difícil de sostener, Landes hace un llamado de gran relevancia que puede dividirse en dos partes. La primera: la cultura importa. Ése es el gran mérito de *La riqueza y la pobreza de las naciones*; nos recuerda algo evidente, pero no superfluo. Como dice Douglass North, "La teoría neoclásica es simplemente una herramienta inapropiada para analizar y prescribir políticas que inducirán al desarrollo. *Dicha teoría se ocupa de la operación de los mercados, no de su evolución. ¿Cómo se pueden suscribir políticas cuando no se entiende cómo se desarrollan las economías?*" ("Economic Performance Through Time", *The American Economic Review*, junio, vol. 84, núm. 3, p. 359, 1994). Landes intenta explicar, precisamente, cómo se desarrollan las economías, lo cual constituye un buen comienzo para tratar de entender qué se puede hacer en los países ahora subdesarrollados. La segunda parte: donde la cultura es

obstáculo, es resoluble; las naciones rezagadas pueden aprovechar todo el conocimiento que hayan generado y acumulado otras naciones.

Como ya mencionábamos, las dudas son inevitables; si las naciones crecen cuando así lo desean, ¿significa esto que las naciones pobres están en ese estado porque eso es lo que quieren? Aun estando de acuerdo en que la cultura es importante, argumentar que las naciones ahora llamadas subdesarrolladas se encuentran en tal situación debido a diferencias culturales respecto a otras naciones resulta poco convincente. Además, si bien es cierto que el conocimiento es transferible y, por supuesto, asimilable, ¿bastaría una asimilación del *know-how* para que el mundo en desarrollo

logre superar todas las contradicciones y distorsiones características del subdesarrollo? Si la cultura es toda la diferencia, ¿sería suficiente un cambio cultural, si es que fuera posible lograrlo, en América Latina, en el mundo islámico o en China para que estas regiones crecieran y se desarrollaran?

Éstas son algunas de las interrogantes para las que Landes no nos ofrece respuesta. Sin embargo, este autor no tiene la obligación de ofrecernos la verdad absoluta. Pero nosotros (naciones en desarrollo) sí tenemos la obligación de tomar en cuenta lo señalado por Landes, así como por muchos otros, para tratar de encontrar un camino que nos conduzca al desarrollo. Eso ya no puede esperar.